

Índice

1	11
2	25
3	41
4	57
5	77
6	97
7	113
8	121
9	131
10	139
11	145
12	159
13	167
14	177
Epílogo	183
Agradecimientos	187

A Cécile, Mathilde y Elliott

Cuando era pequeño, podía pasarme horas observando el papel pintado. Las paredes del cuarto de estar de casa de mis padres, recubiertas con un motivo vegetal rococó posmoderno, colección Vénilia de 1972, producían en mi imaginación, ya de por sí fácilmente impresionable, monstruos espectaculares. Acababa de cumplir ocho años. Solo tenía que instalarme en el sofá de terciopelo marrón, fijar la mirada en el hueco que quedaba entre el sillón y la pared y esperar pacientemente a que el punto flotante en el que me concentraba tomara poco a poco el aspecto de la cara burlona de una criatura del infierno. Las flores de lis le dotaban de orejas y cuernos; las hojas de acanto, de una boca abierta y una lengua colgante; dos tallos entrelazados de madreselva o de pasiflora que ascendían a las alturas formaban su pelo en sortijado; en el espacio que quedaba, dos hojas colocadas simétricamente proporcionaban a ese monstruo unos ojos socarrones e hipnóticos que terminaban por atraparme. Me atenazaba el miedo a no poder liberarme de su influencia y me espabilaba. Mi madre, que solía

deambular por el cuarto de estar, siempre que me veía así, con pinta de estar aburriéndome, me proponía ver los dibujos animados. Yo intentaba seguir concentrado en mi ejercicio, pero era en vano, pues ella, sin esperar mi respuesta, encendía la televisión y me sacaba de mi ensueño. Huía entonces a mi habitación, escapaba de la presencia de esa madre que un día sí y otro también frustraba mis tentativas de evasión.

Mi habitación siempre estaba ordenada. Esa era la voluntad de mi padre. Y mi madre, dispuesta a secundarlo en todo, vigilaba que así fuera. Yo no era un adicto al orden. Con ocho años, me diréis, raros son los niños que tienden al orden. Pero como buena ama de casa, mi madre no dudaba en paliar mis carencias en la materia. Los dos conservamos en la memoria, ya que en esa ocasión perdimos parte de nuestras capacidades auditivas, el grito de dolor que soltó mi padre cuando vino a mi cama a darme un beso de buenas noches. Todavía lo veo iluminado por la tenue luz de la lamparita de la mesilla de noche, con su pijama de rayas azules y blancas. Sujetándose el pie magullado con las dos manos, saltó y saltó sobre el mismo sitio, como si semejante ejercicio pudiera atenuar el dolor provocado por la pieza de Lego que acababa de pisar. Sus chillidos aumentaron cuando, en el tercer salto, el pie sano aterrizó, por una pequeña desviación, sobre la cabellera de un clic de Playmobil que había conseguido arrancar del cráneo de su propietario sirviéndome de mis dientes como tenazas. Mi idea había sido la de reproducir las aventuras de *Los siete magníficos*, un *western* que había visto en la televisión emitido por el programa *Primera sesión*. Como habréis adivinado, ese clic de Playmobil hacía el papel de Yul

Brynner, jefe de la célebre cuadrilla de vaqueros. Mi madre tuvo que intervenir para extirparle la pequeña peluca de plástico, cuyos bordes puntiagudos habían atravesado la carne tierna, mientras mi padre soltaba, de un modo casi exhaustivo, todas las palabrotas de su repertorio. Algunas me resultaron nuevas y sospecho que se las inventó para la ocasión. Como consecuencia de este incidente gané una fama efímera al soltar a mis compañeros, en el patio del colegio, las palabrotas que había escuchado aquella noche. Por su parte, mi padre cojeó ligeramente varios días y desarrolló una profunda aversión por el desorden, una obsesión cuyo principal objeto era mi habitación. Y de ahí que desde entonces evocara la escena en que Mary Poppins utiliza sus dones mágicos para ordenarlo todo. No obstante, era yo quien tenía que entregarme a esa tarea bajo las órdenes terminantes de mis padres, que no se cansaban de repetirme: «Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa». Deberían haber grabado esa divisa en la puerta de nuestra casa. En su defecto, la estamparon en mí.

Refugiado en mi habitación, después de que me desalojaran del sofá, me sumergí en la lectura de algunos *Geo* que mi tío Bertrand me había regalado y con los que podía ir a los cuatro puntos del planeta. Solo tenía cinco números de esa preciosa revista, pero me los sabía de memoria, desde la gran barrera de coral del número 9 hasta las gargantas de Humahuaca del número 17. Durante mucho tiempo —bueno, más bien unos meses, pero cuando se tienen ochos años el tiempo adopta una medida muy abstracta— creía que el mundo se resumía

en la treintena de paisajes descritos en esos cinco ejemplares. Desterré esa creencia con otro regalo de mi tío Bertrand, quien, visto el entusiasmo que manifesté con sus viejos ejemplares de *Geo*, decidió desembarcar un día en casa con un atlas bajo el brazo. Descubrí entonces que existían otros parajes, otros países con nombres que hasta entonces jamás había escuchado. Recorrí los mapas uno a uno, estudiaba sus relieves, seguía con el índice el trazado de sus costas, me aprendía los nombres que en ellos figuraban. Sus consonantes exóticas me hacían soñar: Saskatchewan, Kuala Lumpur, Addis-Abeba, Mozambique... Desde ese instante me propuse que habría de conocer aquel mundo de verdad, sin el filtro del papel satinado: el de aquellos paisajes que ya había visto en los *Geo* y esos otros que me había imaginado por los comentarios de los mapas del atlas del tío Bertrand. Ya podía verme, vestido como un explorador y guiando con autoridad una columna de porteadores cargados con las cajas atestadas de mis juguetes preferidos que sacaría al atardecer en el campamento. En el momento de acostarme, podría dejarlos en el suelo, a los pies de mi cama de campaña. Y nadie aparecería para ordenarme que los metiera en sus baúles. Yo sería el jefe de la caravana y yo decidiría solo lo que estaba bien y lo que no. Cada cierto tiempo, enviaría a mis padres una postal para que estuvieran informados de mis avances. Jamás les desvelaría, sin embargo, las etapas que cubriría las jornadas siguientes por miedo a que se autoinvitaran a la expedición y terminaran haciéndose con la organización.

A diferencia del resto de la casa, las paredes de mi habitación no estaban recubiertas por un papel pintado capaz de rivalizar con el test de Rorschach, sino que es-

taban simplemente pintadas de azul, de un azul turquesa que, a pesar de su uniformidad, dotaba a esa estancia con peluches alineados en sus estanterías y los juguetes metidos en cajas, de un sólido apoyo para la evasión. Aquella elección demostraba, sin ninguna duda, el conformismo de mis padres. Era un niño. Y nunca tuve una hermana con la que poder confirmar mi teoría, una hermana que habría tenido derecho a tener pintadas sus paredes de color rosa. Pero creo poder afirmar que si mis padres hubieran podido pintar las paredes en función de sus gustos, habrían escogido el marrón, con el más claro de sus matices, ya que era el color que dominaba desde la entrada hasta la cocina, pasando por el cuarto de baño. Hoy en día, gracias a ese conformismo y a ese cuarto azul, a la pregunta de «¿Cómo fue tu infancia?», puedo dar una respuesta más elaborada que «marrón», color que utilizo más bien para definir a mis padres y a su entorno, que está acorde con su época, los años setenta.

Está claro que cuando digo «responder a la pregunta de “¿Cómo fue tu infancia?”», se trata solo de una manera de hablar, una pregunta retórica, porque, a decir verdad, nadie me ha preguntado nunca cómo fueron mis primeros años. Tenía una vida más bien solitaria. Lo que provoca en mí ese viaje en el tiempo hacia esos episodios recurrentes de meditación sobre el papel no es nada más que la ausencia de motivos sobre las paredes de mi presente.

Desde que soy adulto paso la mayor parte del tiempo en un despacho cuyas paredes son blancas, de un blanco que favorece la introspección, pero que no ofrece ningún punto de apoyo para la construcción de mundos imagi-

narios o para la evocación de los paisajes reales en los que solía evadirme cuando era niño. Pero en esos para-
jes lejanos, aquellos bosques misteriosos, esos ríos lán-
guidos, esos mares embravecidos, esos amaneceres, ¿qué
había de sólido, de consistente? ¿Qué más había, aparte
de una quimera pensada para matar el tiempo, sin otra
ambición que la de engañar al aburrimiento? ¿Por qué
no supe transformar, llegado el momento oportuno, esta
imaginación, estos sueños, en una mayor aspiración, en
un terreno más fértil? La lejanía era prometedora, del
mismo modo que podía serlo el «mañana», ese mismo
que mis padres invocaban cuando no querían responder
a una de mis preguntas, aplazando, por falta de tiempo
o por una procrastinación cruel, la satisfacción de su
querida cabecita rubia. «Mañana, prometido.» Veía a
mi padre sobre todo los fines de semana. Su trabajo lo
era todo para él. «Es muy importante tener un buen tra-
bajo», decía a menudo, lo que mi madre confirmaba
siempre que podía diciendo: «Escucha a tu padre, que
tiene razón». Del mismo modo que un caballero se en-
frenta al fuego cruzado de un dragón con dos cabezas,
sentado a la mesa de la cocina, yo digería el plato de
puré con jamón y los discursos de mi padre sobre el tra-
bajo, gracias al cual había ascendido unos grados en la
escala social. Él creía que sus prerrogativas profesiona-
les le permitirían seguir ascendiendo. Cada seguro de
vida que cerraba, lo elevaba un poco más. Pero con
los primeros efectos de la crisis económica, convencer a los
clientes se iba haciendo más y más difícil. «Ha sido por
culpa del hundimiento del precio del petróleo», me ex-
plicaba. Yo me imaginaba dos barcos colisionando en
mitad del Atlántico, sin entender muy bien por qué los

remolinos provocados por el choque podían contrariar
a su empresa. ¿Cuántas veces vino a besarme cuando ya
estaba dormido? ¿Cuántas veces antes de que un ladrillo
de Lego olvidado en el suelo me descubriera esta cos-
tumbre suya y lo obligara a renunciar a ella?

Los fines de semana le pedía que me ayudara a edifi-
car fortalezas, que reprodujera conmigo batallas, que
imaginara aventuras en paisajes imposibles, montañas
construidas con una pila de cojines, cañones profundos
con dos pilas de libros. Pero siempre había algo que
comprar, un césped que cortar, un seto que perfilar. Ni
los fines de semana con mi padre ni cuando me encon-
traba a solas con mi madre podía contar con ellos para
jugar. El sábado me decían: «Mañana». El domingo:
«Más tarde». Y entre semana mi madre me decía que el
fin de semana, cuando mi padre estuviera. La presencia
de un hermano habría resuelto el problema. Terminé un
buen día por no ver nada más que la lejanía, por hacer,
de mi marcha, un verdadero fin. Pero el discurso de mi
padre sobre la prevalencia del trabajo había terminado
por penetrar en mí y ya no fui capaz de contemplar una
partida que no estuviera a la altura. Cuando la posibili-
dad de viajar terminó por desaparecer de mi futuro pro-
fesional, me encontré de cara con un vacío inmenso.

Trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Esta ac-
tividad profesional, por más que en un primer momento
me entusiasmara, hoy en día no logra emocionarme.
Entré en el ministerio hace cinco años con el deseo de re-
correr el mundo. Naturalmente eso no fue lo que dije en
la fase oral de mis oposiciones, prueba cuyo objetivo es

el de «poner en evidencia las motivaciones del candidato, descubrir su personalidad y verificar si es apto para cumplir las funciones para las que será destinado».

Durante esa entrevista, sin duda alguna impresionante —frente a ti hay cinco personas cuya simpatía se asemeja a la de la policía nacional encargada de desalojar a unos okupas—, hablé de mis deseos de trabajar para el servicio público, de mi voluntad de obrar por el interés general, de que Francia ocupara un puesto relevante en la escena internacional. Recité con una voz insegura este plano listado de argumentos construido con las lecturas que había hecho de los folletos oficiales que daban cuenta de las funciones del Ministerio de Asuntos Exteriores y con los testimonios de los candidatos que no habían aprobado en anteriores convocatorias, con los que me había cruzado mientras preparaba la oposición en los cursos que dispensaba la oficina «de acceso al empleo» de la universidad. Me cuidé mucho de excederme y mostré una cierta conciencia del importante papel de los funcionarios con cargo diplomático —representantes del Estado hasta en las provincias más lejanas del planeta, incluso en aquellos lugares en los que a los habitantes les importa tanto la República francesa como su taparrabos—, medí mi ambición, ya que era consciente de que las funciones que tendría asignadas si obtenía una de las ochenta plazas de agregado sacadas a concurso por oposición en el Ministerio de Asuntos Exteriores ese año, no serían más que las propias de un chupatintas en el servicio de visados de una embajada en el mejor de los casos o en un consulado si terminaba mal clasificado.

Dominé el ejercicio, tenéis que creerme, pero no des-

taqué en absoluto. No brillé ni por mi originalidad ni por mis conocimientos. Recibí un once, que es la nota que se atribuye al candidato que el jurado piensa que podría convenir si no encuentran uno mejor a lo largo de las pruebas. Esa nota me colocó en la frontera del fracaso, pero del lado bueno, todo hay que decirlo: el setenta y ocho de ochenta. Tuve que esperar a que los otros candidatos, clasificados por mérito y, por tanto, por delante de mí, hubieran elegido su destino para poder recorrer la lista de puestos vacantes y descubrir el lugar en el que daría mis primeros pasos como diplomático. Resulta inútil describiros el estado de excitación en el que me encontraba en el tiempo que medió entre que recibí la primera carta que anunciaba que había superado las oposiciones y la llegada de aquella otra en la que estaba la lista de los puestos a los que podía optar. Pasé aquellos días imaginando los lugares hacia los que iba a volar. Oriente me tentaba mucho: Samarcanda, Taskent o incluso Ulan-Bator, todos esos nombres que había leído en el atlas del tío Bertrand y que desde hacía años nutrían mis sueños. Ya me veía por los mercados de esas ciudades legendarias que jalonaban las grandes rutas comerciales, de la seda o del té, negociando el precio de preciosas antigüedades orientales por lo que cuesta un kilo de patatas y que constituirían, al cabo de los años y al final de mi carrera, una magnífica colección de obras de arte reunidas a lo largo y ancho del mundo. América Latina tampoco me dejaba indiferente. Desde Río Grande hasta Tierra del Fuego había mil maravillas que descubrir: las ruinas de los templos aztecas (*Geo* n.º 24), la cordillera de los Andes (*Geo* n.º 38: sí, había dejado de contentarme con los cinco números que

me diera el tío Bertrand y, desde el momento en el que pude permitírmelo, compré regularmente las nuevas entregas de la revista), la selva amazónica (*Geo* n.º 42 y luego de nuevo en el n.º 98), las llanuras de la Pampa (*Geo* n.º 54), los paisajes tormentosos del estrecho de Magallanes (*Geo* n.º 41 y *National Geographic* n.º 312: ya disponía de mis propias fuentes). Inútil resulta describir mi decepción cuando llegó la carta del ministerio en la que solo figuraban puestos para la administración central en París, en el Quai d'Orsay, en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Mis sueños de viajar se desinflaron como los salvavidas de un aerodeslizador obligado a permanecer en el puerto. La única elección que cabía era el servicio al que habría de ser destinado. El espejismo hacia el que creía avanzar se evaporaba. Intenté mantenerlo, hice desfilar por mi mente los miles de paisajes acumulados en las lecturas de mis revistas, pero la maniobra, por el contrario, precipitó la desaparición de esas imágenes engañosas que no pudieron resistir. A pesar de mis esfuerzos por preservar sus colores y contornos, se fueron difuminando una a una. Una mano malintencionada parecía ir descolgando cada uno de los pósteres que decoraban las paredes de mi infancia e ir despegando también, hasta el último trozo, los papeles pintados que poblaban mi imaginación. Todo me parecía terminado, acabado, consumado, roto, apagado, agotado, concluido incluso antes de haber podido comenzar.

Una vez se hubieron disipado los últimos vapores del despecho por no haber podido escaparme hacia esos lugares lejanos con los que soñaba desde hacía tanto

tiempo, y tras confundir el Quai d'Orsay con un embarcadero, fui a París con la firme intención de utilizarlo como el trampolín que me impulsara, gracias a las influencias que lograría en los pasillos del ministerio, hacia un buen puesto en una embajada prestigiosa. Y eso no sin antes haberme beneficiado de un ascenso a un grado superior gracias al apoyo de una jerarquía que, como reconocimiento por la extrema diligencia con la que había llevado a cabo mis tareas, habría constatado que era un despilfarro para la diplomacia francesa el que alguien como yo se quedara estancado en funciones de subalterno y desearía que el funcionario ejemplar que yo era pisara el primer escalón de la escalera que conduce al panteón de los diplomáticos. Pero una etapa detrás de otra.

Opté por el departamento de legaciones pues pensé que si ya no podía visitar los países, por lo menos oiría hablar de ellos. Fui a la estación de trenes para comprar el billete de alta velocidad a fin de llegar a París una semana antes del 1 de septiembre, fecha oficial de mi toma de posesión. Esos días, en los que habría de alojarme en un hotel, me dedicaría a buscar un apartamento.

Con motivo de mi partida, mi madre me regaló un maletín de piel negro, rígido, adornado con una armadura metálica dorada y dotado de un cierre con combinación. Sin duda había oído hablar de la «valija diplomática» y sin duda así se la había imaginado. A mí me recordaba el maletín de los viajantes de comercio, igualito al que llevaba mi padre, un objeto perfecto para bloquear la puerta de los clientes incorregibles o para zafarse de los ataques de los perros malvados, y me preguntaba si en algún momento llegaría a utilizar razonablemente ese

accesorio. Mi madre debería haberse contentado con ese incómodo regalo, pero como si no fuera suficiente demostración de la capacidad de mis padres para levantar obstáculos, tuvo a bien añadir, en el día de mi marcha, un discurso patético que comenzaba así:

— Tanto dudé que este momento pudiera llegar que lo sepulté en lo más profundo de mí. Llegué incluso a creer que jamás tendría lugar.

Intenté reconfortarla y le recordé el lazo inalterable que nos unía, pero no fue suficiente.

— ¿Sabías que hay algunos hijos que nunca se van de casa de sus padres?

Mi madre intentaba despertar mi mala conciencia, pero mi marcha me generaba tal alegría que no consiguió sembrar en mí ni un gramo de culpabilidad. Recordé a mi madre que París está a solo tres horas en tren desde Burdeos y le aseguré que volvería siempre que me fuera posible, pero nada parecía calmar su pena. Sin duda la presencia de un hermano menor habría atenuado los efectos de mi marcha. Pero claro, yo era hijo único y me cargaría con la responsabilidad de ser aquel que sostiene a sus padres en la vejez. Con la esperanza de poder tranquilizarla, le dije que ella sería durante mis viajes el faro que siempre habría de indicarme el camino.

— Hasta el día en el que estés demasiado lejos como para verme — dijo ella, suspirando.

Afortunadamente, mi padre interrumpió la escena, que tomaba aires de tragedia, antes de que se convirtiera en un verdadero drama: mi tren estaba a punto de salir. Él parecía bastante satisfecho de verme por fin entrar en la madurez. Mientras que los tres circulábamos rumbo a la estación, manifestó su deseo de liberar el garaje lo

antes posible de los muebles que yo había dejado allí hasta que encontrara un apartamento en París. Entre ellos, se encontraba el sofá de terciopelo marrón sobre el que había pasado horas y horas de meditación en mi infancia, una pequeña nevera, un viejo televisor portátil, un pequeño armario y una mesa de cocina de formica amarilla con dos sillas a juego que habían sido de mi abuela.

En el andén, mi madre me estrechó entre sus brazos tal como sin duda había visto que se hacía en las películas norteamericanas. «Cuídate», repetía. Me sentía como Ulises cuando se preparaba para abandonar Troya bajo los consejos de prudencia de Príamo, o como Telémaco, llevado por la luz del cíclope. Mientras que mi madre se lamentaba sobre mi hombro, yo me acordé de los dibujos animados *Ulises 31*, cuyos títulos de crédito daban paso al anuncio que nos exhortaba a lavarnos los dientes. ¿Era París el cíclope al que debía vencer si quería continuar con mi viaje? Mi padre, con una sonrisa inmutable, humillado por las demostraciones de tristeza exageradas de mi madre, le dijo que tendría que alegrarse por verme capaz de valerme por mí mismo. Obtener un trabajo era lo más importante del mundo. Que además ese trabajo se ejerciera en París, en la Administración, le confería incluso más valor.

— Bien — dijo él, intentando acortar las muestras de cariño maternas —, en cuanto encuentres un apartamento, llámanos. Alquilaré una furgoneta y te llevaré los muebles. Intenta hacerlo rápido. No me gusta que mi coche duerma fuera, lo sabes de sobra.

Esa eventualidad lo atormentaba más que la aflicción de mi madre.

Mientras el tren arrancaba, yo agitaba la mano para decirles adiós. A pesar de la aprensión que me provocaba la idea de mi nueva vida, me sentía liberado. Y la hidra de dos cabezas, una sonriente y otra llorosa, me pareció de pronto inofensiva. Ignoraba que a pesar de la distancia, no podría evitar sus injerencias. El grano de arena estaba ya en el engranaje que había ensamblado pacientemente durante años, desde el mismo instante en el que la vida soñada había tomado forma en mi imaginación infantil hasta el cierre de la maleta la noche anterior a mi partida.

2

El 1 de septiembre caía en viernes. Iba a comenzar mi carrera yéndome de fin de semana. Aquello me pareció extraño, antinómico. No se debería convocar nunca a un joven funcionario un viernes. Eso le da la impresión de que comienza por el final, de que lo han contratado al revés. Además había leído en una revista que el famoso *Friday wear* de los anglosajones comenzaba a tener adeptos en Francia, por lo que era habitual cruzarse en los ascensores de los grandes edificios del barrio de La Défense con jóvenes ejecutivos dinámicos y liberados que habían cambiado por un día el traje y la corbata por una vestimenta más informal. De pronto no supe si debía escoger entre mis dos trajes, uno gris y otro azul marino, con y sin corbata, o contentarme con un simple pantalón beis y un polo con los faldones por fuera, sobre el que colocaría una chaqueta de lino, más apta para el calor de la temporada. Aquel era mi primer día. Y todo el mundo sabe que la impresión que se da en un primer día permanece y a veces es definitiva. Tenía dos opciones ante mí: parecer un estirado en una vestimenta es-